23 LUSTROS DE DIPLOMACIA MEXICANA EN CENTROAMERICA

Por Mario MONTEFORTE TOLEDO

En 1831 llegó a Guatemala el primer plenipotenciario mexicano acreditado ante la joven república de Centroamérica, Manuel Díez de Bonilla. Dicen los historiadores de la época que "hablaba cosas que intranquilizaban a los colonialistas", y que fué recibido y tratado como el portavoz de un pueblo dador del inmediato ejemplo de la Independencia. Eran días de luchas fratricidas; los reducidos núcleos liberales se mantenían en el poder precariamente, sin recursos, presintiendo a cercana fecha el rompimiento de la Federación; días de filibusteros, de voracidades imperiales de potencias europeas. Nació entonces la política de México en relación a Centroamérica, que había de mantenerse firme, con algunos traspiés, durante todo el período de formación de las nacionalidades del Istmo: protección a todo esfuerzo de liberación colectiva, asilo a todos los perseguidos políticos, contacto cotidiano con los intelectuales —autores del desarrollo institucional de nuestros países— y respeto activo a la libre determinación de los pueblos, según las peculiaridades de su idiosincrasia y las necesidades de su destino. Honra a México el número de sus diplomáticos que entre Guatemala y Panamá se han integrado armoniosamente a la vida de aquella región, "hablando cosas que intranquilizan a los colonialistas".

Los archivos de la Secretaría de Relaciones revelan con curiosa elocuencia las vicisitudes de la época. Convulso, luchando por su supervivencia, México dejaba a veces sus oficinas diplomáticas en Centroamérica al cargo de simples amanuenses. De 1838, en que aparece como ministro ante las repúblicas del Istmo José María del Barrio, la información salta hasta 1853. Sólo veinte años más tarde se regularizan y se ordenan las relaciones diplomáticas. El plenipotenciario entonces fué, el general Juan de la Garra, héroe de las guerras de intervención y de reforma; cuya ideología estaba a tono con la de Barrios, el audaz caudillo liberal a quien había armado y ayudado incondicionalmente el gobierno mexicano.

Le substituyó don Francisco Díaz Covarrubias, ingeniero y astrónomo notable por sus excelentes tratados y sobre todo porque fijó la posición geográfica de la capital de México, que Humboldt había legado con errores. El señor Díaz Covarrubias, que rehusó servir a Maximiliano, fué honrado por la restaurada república con la delicada legación centroamericana, con sede en Guatemala, donde enseñó generosamente su ciencia e influyó en la fundación del primer observatorio astronómico.

Otro notable diplomático mexicano del siglo XIX fué el general Ignacio Alatorre, que ostentaba heridas de Batán, de las batallas del 54, y de Jacal y Teziutlán en el 60. Porfirio Díaz le envió con cargos a Europa, y en 1890 actuó del lado de la justicia durante un agitado período de la historia guatemalteca.

Le sucedió don José F. Godoy, que había sido decano del cuerpo diplomático en Cuba. Vivió mucho tiempo en los Estados Unidos y varias de sus piezas de teatro están escritas en inglés. Prosiguió su caudalosa obra en Guatemala, participando en las actividades de un interesante círculo literario donde brillaron Martí y Rubén Darío.

Uno de los ministros mexicanos mejor recordados en Centroamérica es don Federico Gamboa. Diplomático de larga carrera, novelista romántico, enamorado de guapas señoras, Gamboa formó parte de la vida del Istmo durante muchos años — alguna de sus novelas y la mitad de sus excelentes *Memorias* fueron escritas en Guatemala. Ni sus catorce libros ni sus abundantes condecoraciones ni su ingeniosa conversación le dieron más prestigio que el oportuno apoyo que siempre prestó a los hombres libres, en lucha contra las dictaduras.

Quizás sin proponérselo, el gobierno de don Porfirio envió siempre a las repúblicas del Sur ministros escritores, que de inmediato encontraban su puesto junto a los patriotas, y que con su mejor sonrisa profesional resistían la influencia de los tiranos. Llegó en 1902 Efrén Rebolledo, autor de ocho poemarios (*Joyeles, El desencanto de Dulcinea*, etcétera), y le siguió el historiador Victoriano Salado Álvarez, bajo cuya influencia algunos estudiosos guatemaltecos llevaron a cabo importantes investigaciones. De familia de escritores, don Luis Pérez Verdía ocupó la legación en los azarosos años en que su pueblo se desangraba de una a otra frontera; el dictador Estrada Cabrera le llamaba "Ministro sin señor", puesto que los gobiernos revolucionarios estaban sujetos a los más abruptos cambios y desapariciones. Por aquel tiempo recorría las legaciones mexicanas en Centroamérica Alfonso de Rosenzweig Díaz, cuya permanencia en Guatemala se hizo difícil por haber casado con una hija del patriarca José Azmitia, enemigo mortal de Cabrera en los veintidós años de su siniestra administración.

Al tiempo de la breve reconstrucción de la primitiva república de Centroamérica en 1921, fungía como ministro de México el general constitucionalista Luis Caballero, famoso por el duelo que tuvo en Chapultepec con su compañero de armas López de Lara. Le substituyó el ingeniero Juan de Dios Bojórquez, que también estuvo en Honduras y en Cuba; biógrafo de los presidentes Obregón, Calles y Cárdenas, era un político significado que supo vincular con firmeza a su país con Centroamérica; a tal punto que la representación fué elevada a la categoría de Embajada, y desde entonces hubo altos enviados en cada una de las repúblicas istmeñas.

El primer embajador de México en Guatemala fué el poeta Alfonso Cravioto, autor de *El alma nueva de las cosas viejas*. Durante la gestión de uno de sus inmediatos sucesores, el ingeniero y general Hay, subió a la presidencia Ubico, dificultando extremadamente las relaciones entre los dos países; Hay, que fué maderista de primera fila y llegó a la Cancillería de su patria durante la administración del general Cárdenas, a pesar de su experiencia diplomática no podía ocultar su antipatía por el opresivo régimen ubiquista. Los plenipotenciarios que le siguieron (Cienfuegos, De Negri, Riva Palacio) no pasaron mejores ratos, y se vieron precisados a desplegar todo el tino necesario para representar a una nación democrática ante un oscuro feudo.

Cuando estalló la revolución de octubre de 1944 en Guatemala, el embajador Romeo Ortega supo actuar con una pasión y un sentido humano que puede enorgullecer a México. Desde los sucesos de julio hasta la pequeña guerra que acabó con las dictaduras en el país del sur, el licenciado Ortega tendió la mano a las juventudes, al pueblo, y en cierto momento tuvo que alquilar la mitad de un gran hotel para proteger bajo la bandera mexicana al doctor Arévalo y a muchísimos jefes del movimiento que ya no cabían en la embajada. Esto ocurría mientras el representante diplomático de otro gran país cerraba sus puertas a las mujeres de los revolucionarios, alegando severidades protocolarias y manifestándoles —eso sí— que de noche se acordaba de ellas en sus oraciones. Las camas que habían dejado los dirigentes democráticos para combatir en la calle fueron ocupadas, al día siguiente del triunfo, por los servidores de la dictadura, y nadie criticó a Ortega esta ecuanimidad que es parte de la gran tradición de asilo que practica la diplomacia mexicana.

Ilustres escritores y políticos de México han jefaturado las representaciones en tierras centroamericanas: el ingeniero Julio Madero, hermano de don Francisco, en Honduras y El Salvador; el historiador Luis Chávez Orozco, el novelista yucateco Miguel Angel Menéndez, el poeta y orador José Muñoz Cota —que protegió con entereza a hombres perseguidos por sus ideas—, y Alfonso Teja Zabre, impulsador de las más nobles tareas literarias, en Honduras; Antonio Médiz Bolio, que en Nicaragua y en Costa Rica trabajó junto a los escritores como un nativo; o el licenciado Luis Padilla Nervo, que en El Salvador y en Costa Rica hizo sus primeras armas en la brillante carrera que le llevó a su sitial de la ONU. Casi todos ellos han dicho "cosas que intranquilizan a los colonialistas".

Por comprender los riesgos del pueblo y la hora de la nación donde vive, el embajador Luis I. Rodríguez se ha visto condecorado por los ataques de la derecha; en cambio, tanto él como su ministro consejero, el escritor Celestino Herrera Frimont, se han granjeado la amistad de lo único que ahora cuenta en Guatemala dentro y fuera del gobierno: las fuerzas populares.

La interdependencia es la única forma de amparo que queda a las pequeñas naciones donde prevalecen iguales signos de atraso y de esperanza. La doctrina Estrada —creación mexicana— es un postulado de no-intervención; pero la dinámica de la historia la hace exigible y vigente para defender la soberanía nacional contra sus enemigos, y no para aislar movimientos y aspiraciones de justicia, por más que cobren vida en territorios geográficamente alejados.

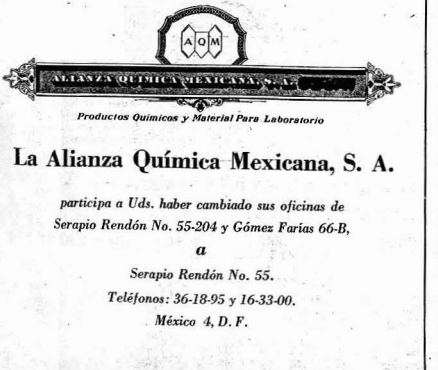
La diplomacia mexicana lo ha entendido así durante veintitrés lustros, y no hay conveniencia ni razón de Estado superiores a semejante tradición, digna de un pueblo a quien tanto ha costado ser libre.

Cortesía de

ABBOTT

LABORATORIES

DE MEXICO, S. A.



Productos Químicos y Material Para Laboratorio

La Alianza Química Mexicana, S. A.

participa a Uds. haber cambiado sus oficinas de Serapio Rendón No. 55-204 y Gómez Farías 66-B,

a

Serapio Rendón No. 55.

Teléfonos: 36-18-95 y 16-33-00.

México 4, D. F.